

El orientalismo en Washington Irving: entre la historia y la ficción

Juan Manuel Barrios Rozúa

Universidad de Granada

Washington Irving es recordado hoy en España como el autor de unos cuentos de ficción. Sin embargo, dedicó muchas más páginas a escribir historia que narrativa, mereciendo el calificativo de primer hispanista norteamericano por sus libros sobre Cristóbal Colón o la Guerra de Granada, mientras que su biografía sobre Mahoma constituye una temprana aproximación al fundador del Islam. Por otra parte, su propio libro *The Alhambra*, generalmente traducido con el simplificador título de *Cuentos de la Alhambra*, es mucho más que una colección de relatos, pues contiene una guía histórica del monumento y un cuaderno de viaje que supone una aguda aproximación antropológica a los andaluces.

LA FORJA DE UN HISPANISTA

Washington Irving, nacido en Nueva York en 1783 en el seno de una familia de comerciantes, empezó su trayectoria literaria a los 19 años publicando textos diversos en la prensa, pero contrajo la tuberculosis y, con la esperanza de mejorar su estado de salud, sus padres lo enviaron a Inglaterra, país desde el que hizo algunas incursiones a una Europa dominada por Napoleón. Los dos años que duró su *Grand Tour* los aprovechó para tomar notas sobre todo lo que le pasaba y veía, puliendo poco a poco su estilo literario. De vuelta a los Estados Unidos, y tras varios tanteos literarios, publica *Historia de Nueva York (A History of New York from the Beginning of the World to the End of the Dutch Dynasty, by Diedrich Knickerbocker, 1809)*, obra que le hace fa-

moso como escritor y en la que relata con ironía el pasado holandés de la ciudad. En este libro, caricatura de una guía de la ciudad publicada años antes, encontramos ya una fusión de realidad y fantasía que anuncia *The Alhambra*.

En 1815 hace un nuevo viaje a Europa con la intención de conocer el continente, tomar dibujos y notas, y escribir a partir de ellas. Su maduración como escritor podrá apreciarse en el *Libro de los bocetos* (*The Skech Book of Geoffrey Caryon, Gent.*, 1819-1820), que le da celebridad universal como primer escritor de los Estados Unidos¹. Dos años después edita *Bracebridge Hall*, en el que incluye un cuento ambientado en Granada, «El estudiante de Salamanca», una ágil historia de amor romántico plagada de lugares comunes. Como todavía no conoce la ciudad, su visión de ella está basada en las impresiones orientalistas que le dejó en su juventud la lectura de las *Guerras civiles de Granada* (1595 y 1616) de Ginés Pérez de Hita.

En 1824, tras varios años vagando por Europa, Washington Irving publicó un nuevo libro, la heterogénea recopilación de cuentos y bocetos *Tales of a Traveller*, que resultaría un sonado fracaso. El norteamericano no sólo quedó en una difícil situación económica, sino muy afectado en su autoestima como literato. Sus reflexiones le llevaron a pensar que quizá ya había pasado para él lo novelesco —no en vano muchos críticos literarios le han reprochado su falta de imaginación y su dependencia de las leyendas populares y la historia— y decide probar suerte con la biografía, un género que de manera breve ya había tocado en el pasado². Acarició la idea de escribir unas vidas sobre dos escritores a los que admiraba, Byron y Cervantes. El interés por el autor de *El Quijote* no era lo único que le atraía de España; su deseo por ser capaz de leer a Calderón de la Barca y a Lope de Vega en español le animaron a estudiar una lengua que de paso le sería útil cuando cumpliera su deseo de visitar España. En 1825 escribía a su sobrino:

1. Hilton, 1986: 60.

2. Como precedente de su interés por la biografía cabe mencionar que en 1813 escribió una corta vida del poeta escocés Thomas Campbell y luego hizo esbozos de héroes navales americanos. Con posterioridad a la de Colón realizó numerosas biografías, la más destacada la del presidente y general Washington.

No conozco nada que me deleite más que la literatura española antigua. Encontrarás algunas novelas espléndidas en este idioma; y su poesía, además, está llena de animación, ternura, ingenio, belleza, sublimidad. La literatura española, participa del carácter de su historia y de su pueblo: tiene un brillo oriental. La mezcla de ardor, magnificencia y romance árabes con la antigua dignidad y orgullo castellanos; las ideas sublimadas del honor y la cortesía, todo contrasta bellamente con los amores sensuales, la indulgencia consigo mismos y las astutas y poco escrupulosas intrigas que tan a menudo forman el tejido de la novela italiana.³

La oportunidad de pisar tierra íbera le llegó en 1826 cuando le ofrecieron un puesto de agregado en la embajada norteamericana en España con la misión de traducir una colección de documentos sobre Cristóbal Colón que el historiador y marino Martín Fernández Navarrete había empezado a publicar. Colón era un personaje muy admirado en Estados Unidos y la embajada de ese país en España consideraba de interés nacional que se conocieran nuevos detalles sobre el descubridor⁴.

Se estableció en Madrid en el mes de febrero e inició la traducción de los textos de Navarrete, pero pronto llegó a la conclusión de que eran muy aburridos, y decidió escribir una vida de Colón que fuera accesible al gran público:

La obra que yo pensaba traducir es una maraña de documentos demasiado áridos [...] que en su estado actual no despertaría jamás el interés de la mayoría de lectores hoy en día.

Por ello concibe la biografía sobre el descubridor como un libro de viajes, género muy de moda en aquel tiempo, y que Irving dominaba a la perfección. Durante meses está absorbido por la *Vida y viajes de Cristóbal Colón*: «ha sido el año de más aplicación y trabajo de

3. Citado por Ynduráin Hernández, 1960: 27-28.

4. Las andanzas de Washington Irving en España han sido objeto de dos aproximaciones biografías, la ya clásica de Claude G. Bowers y la más reciente de Antonio de Calera.

pluma que he pasado en mi vida»⁵. La redacción de esta obra la alterna con otros proyectos que le van surgiendo en mente (Don Rodrigo, Don Pelayo, Abd el-Rahman, Mahoma...)⁶.

Para documentarse consultó algunas de las principales bibliotecas madrileñas y el propio Navarrete le proporcionó nuevos documentos, pero hay que descartar que la visita que planifica al sevillano Archivo General de Indias y a los lugares en los que estuvo Colón tuviera como objeto profundizar en su investigación, pues cuando emprende el viaje a Andalucía su manuscrito ya lo ha entregado a la imprenta. Con esta biografía novelada, en la que las lagunas documentales las completa con su imaginación, Irving cosecharía un notable éxito no sólo en Estados Unidos, sino en Europa.

Al-Andalus

Cuando en su biografía de Colón llegó al punto en el que el marino se reunía con los Reyes Católicos frente a la asediada Granada, Irving se sintió atraído por la caída del reino nazarí y pensó en introducir unos capítulos relatando aquel dramático acontecimiento. Ya se ha señalado que en su juventud quedó fascinado con el libro de Pérez de Hita sobre *Las Guerras Civiles de Granada*, del que en 1801 se hizo una romántica traducción al inglés⁷. Pronto se dio cuenta de que era un tema demasiado amplio y que sería mejor dedicarle una obra completa. Hizo un esbozo en Madrid y trabajó intensamente en él durante su estancia en Sevilla.

Crónica de la conquista de Granada (1829) resulta un texto desconcertante y de hecho ha dado lugar a críticas enfrentadas. Según el propio autor, ha llevado a cabo «una especie de experimento», un libro «extraído de antiguas crónicas; embellecido, hasta donde me ha sido posible, por la imaginación, y adaptado a los gustos románticos del día»; en fin, algo que era «mitad historia y mitad novela»⁸.

5. Citado por Zulueta, 1989: 112.

6. Un elocuente extracto del diario de Irving puede leerse en Beerman, 1992: 197-217.

7. Había dos traducciones parciales de Percy y Pinkerton, pero fue la de Thomas Rodd, editada en Londres en 1801, la que tuvo un mayor eco. Carbonell Cortes, 1991: 12-17.

8. Citado por Hoffman, 1945: 483-498.

Irving hilvana episodios y anécdotas procedentes de distintas fuentes en una única trama argumental. La selección de las fuentes (Hurtado de Mendoza, Mármol, Pérez de Hita y alguna otra menor) es, según el medievalista Ángel Galán, sumamente acertada, pues sabe distinguir las más veraces de las fantásticas, de manera que su relato es el mejor de la Guerra de Granada que estuvo disponible durante mucho tiempo⁹.

Para enlazar el material histórico sin que el libro pierda el sabor heroico y pintoresco de una crónica medieval, a la par que para permitirle algunas concesiones a la fantasía y la ironía sin implicarse como historiador, inventa un cronista medieval, Fray Antonio Agapida. Pero puede reprochársele que el recurso al fingido cronista introduce confusión entre lo que realmente piensa el historiador y lo que piensa el narrador, algo lógico en literatura, pero inaceptable en historia¹⁰.

En su conjunto el libro resulta de un romanticismo aún más acentuado que la biografía de Colón. El relato es una sucesión de batallas medievales en la tradición de los libros de caballerías, que alternan con preciosistas descripciones de un Reino de Granada retratado como un Edén y unas caracterizaciones de los personajes muy novelescas, en particular las de los musulmanes. El libro fue un éxito que despertó la imaginación romántica de muchos norteamericanos y europeos, y dio un nuevo empujón a la moda de la maurofilia que se iba a prolongar casi hasta mediados de siglo¹¹. Incluso un anciano Walter Scott, al conocer los escritos de Irving, se lamentó de no haber descubierto antes las posibilidades literarias de las luchas entre musulmanes y cristianos en suelo ibérico.

Al lector moderno el minucioso relato de las batallas medievales le resulta cansino y estéril. Sin embargo, una lectura atenta permite descubrir que Irving hizo una aproximación más crítica a las fuentes de lo que pudiera parecer. Así, según Ángel Galán, fue el primero en percatarse que la guerra no sólo fue una empresa anexionista de los castellanos, sino que en paralelo se libró en el reino de Granada una

9. Galán Sánchez, 1991: 68.

10. Entre los defensores del recurso al cronista está Carbonell Cortes, 1991: 19, que considera que este cronista ficticio le sirve para «hacer burla de los historiadores católicos de la época, al servicio de la razón de estado».

11. Hoffman, 1945: 24.

guerra civil, y pese a atribuir ésta a la «crueldad innata de los gobernantes árabes», se percata de que hubo enfrentamientos de clases, pues reconoce la diferente actitud ante la guerra de mercaderes y artesanos frente al «populacho». Pero mientras explica los motivos del derrotismo de los primeros en su interés por no paralizar el comercio, sus prejuicios hacia las clases populares le llevan a verlas como veleidosas y manipulables¹².

Irving recibió en su tiempo algunas críticas por las concesiones a la imaginación que se había permitido en una obra histórica. Así que, herido en su orgullo, hizo una segunda edición en la que eliminó varios episodios ficticios, resultando, a juicio de Carrasco Urgoiti, una «versión inferior literariamente a la primera, sin que por eso llegue a ser una historia fidedigna, pues utilizó como fuente la *Historia de la dominación de los árabes en España* de José Antonio Conde, obra que hoy se considera merecedora de poco crédito»¹³.

A la par que trabajaba en sus libros sobre Colón y la conquista de Granada empezó a redactar una serie de episodios de la historia de al-Andalus, desde la invasión musulmana hasta la conquista de Sevilla por Fernando el Santo, en los que una vez más encontramos al cronista Fray Antonio de Agapida como narrador. Pero aquí la imaginación se desborda hacia el terreno de lo fantástico y al final Irving lo tituló, con buen criterio, *Leyendas de la conquista de España*. El libro no lo terminaría hasta 1835, y el resultado no es de los más logrados, pues está lejos de ser historia por la continua irrupción de lo maravilloso, y tampoco alcanza la amenidad de una recopilación de cuentos. La propia descripción que hace el autor del contenido de su obra deja claros sus ambiguos objetivos, pues sólo aspira a presentar unas «leyendas, sin reclamar para ellas la autenticidad de una historia seria, pero sin referir nada que no tenga un fundamento histórico»¹⁴.

12. Galán Sánchez, 1991: 70.

13. Carrasco Urgoiti, 1956: 243-244.

14. Irving, 1997: 15. De Irving como historiador me he ocupado en Barrios Rozúa, 2003: 11-13.

La Alhambra

Muchísimo más logrados están los capítulos de *Cuentos de la Alhambra* (*The Alhambra*) que tratan de historia, pues en esta obra el autor distingue claramente lo que son leyendas populares de lo que es evocación histórica, y puede ofrecer al lector unas breves pero informativas semblanzas a Muhammad Ibn Alhamar, Yusuf I o Boabdil.

La inspiración para redactar este libro le llegó durante su primera y breve estancia de 1828 en Granada. De regreso a Sevilla, empezó a escribir un libro sobre la Alhambra y sus habitantes, tanto del pasado como del presente, animado por un intercambio de opiniones con Nicolás Böhl de Faber, entusiasta del folclore andaluz, y su hija Cecilia, conocida como Fernán Caballero. Para ampliar su documentación realizó un segundo viaje a Granada en 1829, con la fortuna de poder alojarse en la Alhambra¹⁵. En ella trabajó varias semanas con intensidad, hasta que un inesperado nombramiento como adjunto en la embajada de Estados Unidos en Londres le obligó a trasladarse a Inglaterra, donde publicaría *The Alhambra* en 1832.

Irving fue un decidido estilista que trabajó con ahínco para desarrollar un estilo depurado, de clara estirpe neoclásica, cuya elegancia no tendría nada que envidiar de los mejores prosistas ingleses de su tiempo. Los críticos literarios suelen emplear calificativos para referirse a su obra tales como dignidad de las formas, perfección estilística, gracia, armonía... todos los cuales son adecuados cuando nos referimos a *The Alhambra*. En la mayor parte de su trayectoria literaria, y en particular en este libro, encontramos un sutil humor, carente de maldad, a veces ingenuo, que hace que sus escritos nos parezcan siempre gratos y faltos de trascendencia. Algunos críticos señalan su débil imaginación para crear argumentos y personajes, a lo cual atribuyen que su obra transite por los caminos de la historia, la literatura de viajes y la recopilación de leyendas populares. Sin embargo, la novela histórica y los relatos de viajes eran dos géneros de moda en su tiempo, de manera que el reproche de falta de capacidad creativa tiene algo de anacrónico. Por otra parte, Irving decía que hay «impresos por todas partes de modo desordenado, una cantidad enorme

15. Sobre la Granada y la Alhambra que conoció Irving véase Barrios Rozúa, 2015: 161-179.

de relatos o hechos fantásticos y legendarios» que no necesitan más que un buen pulimento¹⁶. *The Alhambra* es una afortunada composición literaria a partir de las tres fuentes señaladas, mostrando en su libertad formal para fundir elementos tan diversos un claro carácter romántico. En *Cuentos de un viajero* (1824), obra también de carácter misceláneo, Irving había escrito:

Para otros cuentos contenidos en esta obra y en general para todos los míos, puedo hacer una observación: soy un inveterado viajero, he leído algo, visto y oído más y soñado mucho más. Mi cabeza está, pues, henchida de toda especie de cosas raras y sabidas. Al viajar, estos heterogéneos materiales se revuelven en mi imaginación como los artículos de una revuelta valija, de tal modo que, cuando trato de extraer un hecho, no puedo determinar si lo he leído, me lo han contado o lo he soñado, y siempre fallo en saber qué es lo que he de creer de mis propias historias.¹⁷

Cuando le preguntaban por qué no probaba suerte con la novela, respondía que una novela podía escribirla cualquiera porque el mero interés del relato «arrastra al lector a lo largo de páginas y más páginas de estilo desaliñado, y el autor puede incluso ser de lo más aburrido en la mitad del volumen con tal de que sepa guardar para el final unas cuantas escenas emocionantes»¹⁸.

Además de la libertad formal, sus rasgos románticos están presentes en la nostalgia del pasado, la fascinación por el Oriente musulmán, las descripciones pintorescas de lugares y tipos populares, o los apasionados amores de algunas de sus leyendas. La importancia del pasado en su obra la había señalado él mismo al indicar que Estados Unidos tenía magníficos paisajes, pero le faltaba historia:

Europa poseía los infinitos tesoros acumulados por los siglos. Sus mismas ruinas referían la historia de los tiempos que fueron y cada una de sus enmohecidas piedras era un trozo de historia. Yo me parecía por recorrer los lugares que habían servido de escenario

16. Hoffman, 1945: 38.

17. En *Tales of a Traveler* (1824), citado por Soria, 1960: 133-134.

18. Hoffman, 1945: 36.

a renombrados hechos —pisando, por decirlo así, sobre las huellas de lo antiguo— para recorrer los ruinosos castillos, para meditar encaramado en la desmoronada torre; en una palabra, para evadirme de las vulgares realidades del presente y perderme en las nebulosas grandezas del pasado.¹⁹

En una carta fechada el 15 de marzo de 1828 explica que la inspiración de *The Alhambra* le llegó cuando buscaba la puerta por la que Boabdil salió de la ciudadela. Un habitante del lugar le ayudó a encontrarla y le «reveló otros secretos y supersticiones que circulaban entre las pobres gentes que habitaban en la Alhambra». La mayoría de ellas se refería «al tiempo de los moros y a los tesoros enterrados por ellos en la Alhambra, así como historias de apariciones en las torres donde se supone escondido el oro enterrado antes de abandonar la fortaleza»²⁰. Otras leyendas las tomó de los *Paseos por Granada y sus contornos* (1764-1767) de Juan Velázquez de Echeverría, obra que cita en su diario y de la que procede, por ejemplo, la «Leyenda del soldado encantado». También se inspiró en relatos de la literatura que leyó para sus trabajos históricos, como *Historia y rebelión de los moriscos de Granada* (1600), de Luis del Mármol Carvajal, de la que toma «La Casa del Gallo de Viento», e incluso de tradiciones persas, caso de la «Leyenda del astrólogo árabe»²¹. Por otra parte, un modelo literario que en todo momento nos viene a la mente es la que fuera lectura de cabecera de muchos románticos de su tiempo, *Las mil y una noches*. Con este libro tiene en común, además de la fantasía, la ingenuidad y sencillez de los relatos, donde los protagonistas son las más de las veces gentes del pueblo.

Existen tres versiones de *The Alhambra*, la primera de 1832, publicada simultáneamente en Estados Unidos y Gran Bretaña. La segunda es una revisión de 1850 con un prefacio escrito al año siguiente. En esta versión hay una reordenación de los capítulos y se añaden nuevos textos («La cruzada del Gran Maestro de Alcántara», «Leyenda del soldado encantado» y «El autor se despide de Granada»). La tercera

19. Lo dice en *The Sketch Book* (1819), citado por Hoffman, 1945: 37.

20. Carta a Antoinette Bollviller, fechada en Granada el 15 marzo 1828, en Morales Souvirón, 1960: 98-99.

21. Soria, 1960: 153-156.

versión, datada en 1863, es póstuma y cuenta con nuevas historias de ficción («Spanish Romance» o «Legend of don Munio Sancho de Hinojosa»²²) y el artículo «Poets and Poetry of Moslem Andalus»²³.

Aunque el libro funciona muy bien como conjunto, es indudable que el lector moderno puede encontrar su lectura de desigual interés dada su diversidad. Sus impresiones de viajero romántico sobre los lugares y sus habitantes, descritos con hábil pluma, constituyen una apreciada fuente para los historiadores y antropólogos²⁴; las breves biografías de personajes históricos están tratadas con destreza, y los cuentos, que con frecuencia se publican aislados, presentan diferencias de importancia entre sí, pues unos relatan fabulosos tesoros escondidos, otros episodios humorísticos y algunos apasionadas historias de amor. Pero todo el libro, desde sus propias vivencias en los salones de la Alhambra a las leyendas fantásticas, aparece bañado por una onírica luz romántica que ninguno de los muchos viajeros o literatos locales que lo imitaron consiguieron captar con tanta delicadeza²⁵.

Mahoma

Finalizada su labor diplomática en la embajada de Londres, Irving volvió a los Estados Unidos y se retiró a una casa rural junto al río Hud-

22. Así lo estima Carrasco Urgoiti, 1956: 252.

23. Soria, 1960: 144.

24. Señala González Alcantud: «Irving trasciende a la mera literatura de viajes o a la novelística romántica, y debe ser inscrito en el campo de la literatura etnográfica previa al periodo científico de esta disciplina. W. Irving quiere contar al modo de los viajeros-etnógrafos ilustrados las costumbres y estado de los españoles. Empero, su método contrasta con la literatura de viajes al uso, ajena a las experiencias cotidianas, y deudora de los estereotipos amasados en siglos precedentes, formulados con nueva fuerza» (González Alcantud, 2014: 126). Y añade en otro trabajo: «El único autor extranjero romántico que tuvo en consideración la dimensión doméstica fue el norteamericano Washington Irving, que al adoptar el método etnográfico, auscultando la realidad local mediante entrevistas a los «hijos de la Alhambra» pudo salir del dédalo orientalista». González Alcantud, 2017: 73.

25. Véase el análisis que realizo en Barrios Rozúa, 2010: 3-24. Como señala José Antonio González Alcantud, este libro se convirtió en un «icono literario» que consiguió una «eficacia simbólica» superior a la de cualquier otro texto de la época. González Alcantud, 2017: 31.

son, que bautizó como *Sunnyside*. Se entregó allí a una vida sosegada y rutinaria, pero unas malas inversiones en tierras y ferrocarriles lo pusieron en apuros económicos y tuvo que abandonar su tranquilo retiro. Consiguió en 1842 el puesto de embajador en España y se estableció en Madrid hasta 1846, ciudad de la que apenas salió. Durante estos años no retomó los temas hispánicos, pues seguía pensando en los proyectos literarios que debió aparcar al dejar los Estados Unidos, los cuales nada tenían que ver con el solar ibérico²⁶.

Aunque Irving no vuelva a escribir ninguna otra obra histórica ni de ficción sobre España, es preciso señalar que su biografía de *Mahoma y sus sucesores* la empezó a redactar en su primera estancia en Madrid como una introducción a sus libros sobre al-Andalus. Abandonó el proyecto, pero su vuelta a España como embajador le animó a retomarlo para aliviar el tedio que le provocaba su mediocre salud²⁷.

Lo dio a la imprenta en 1849, sin otra aspiración, según sus propias palabras, que «resumir en un relato fácil, claro y fluido los hechos conocidos sobre Mahoma, junto con las leyendas y tradiciones que se han introducido en todo el conjunto de la literatura oriental»²⁸. La obra fue un notable éxito de público, aunque sería en general ignorada por los especialistas, pues, más allá de sus virtudes literarias,

26. Este párrafo de su correspondencia es un buen resumen de su situación durante estos años: «Esta indisposición ha trastornado desgraciadamente todos mis planes. Había abrigado la esperanza de dedicar todos los ratos de ocio que me dejasen las obligaciones de mi cargo en Madrid para proseguir la ejecución de una o dos obras literarias que tengo proyectadas. Pero ya he perdido un año entero, doblemente precioso a mi edad. La *Vida de Washington* y todos mis demás trabajos literarios han quedado interrumpidos y mi pluma permanece ociosa». Citado por Bowers, 1997: 159.

27. Dice Irving hablando de sí mismo en tercera persona: «Hace ya muchos años, durante un período de estancia en Madrid, el autor se propuso escribir una serie de obras en que se ilustrara la dominación de los árabes en España. Como introducción figuraría un resumen de la vida del fundador de la fe islámica y primer impulsor de la conquista árabe. [...] El plan original no pudo realizarse en su integridad, y el manuscrito quedó abandonado entre los papeles del autor hasta el año 1831, en que lo revisó y amplió para la Family Library de Mr. John Murray. Las circunstancias impidieron su publicación en aquellas fechas, y de nuevo el proyecto quedó marginado durante varios años». Y añade: «Durante su última estancia en España, el autor alivió el tedio de una indisposición crónica revisando de nuevo el manuscrito». (Irving, 1985: 23).

28. Irving, 1985: 23.

no dejaba de ser una revisión, incompleta por cierto, de la historiografía disponible en su tiempo²⁹.

En comparación con sus obras sobre al-Andalus escritas varios lustros antes, Irving se muestra más riguroso en distinguir lo fantástico de la realidad probable. De todas formas no renuncia a insertar leyendas y sucesos maravillosos, sobre todo en los capítulos en los que relata la infancia y juventud del futuro profeta, algo que ralentiza y estorba el desarrollo de la biografía. Cuando aborda la madurez del profeta la historia política le ofrece más acontecimientos y datos documentados.

Irving intenta mantener una posición distanciada. En la primera etapa del profeta se muestra incluso admirado hacia un joven asceta perseguido por unos rivales poderosos e idólatras. Sin embargo, le desagrada el giro de Mahoma hacia posiciones violentas³⁰ y denuncia la prepotencia y fanatismo de un líder religioso que, por ejemplo, fuerza a los judíos de Medina a convertirse a la nueva religión o que da rienda suelta a las ansias de botín de las tribus árabes³¹: «Todos se dejaron entusiasmar por la convicción o, más bien, el fanatismo del profeta»³².

Irving va poniendo de relieve cómo determinados pasajes de *El Corán*, lejos de ser revelaciones meramente religiosas, van naciendo para justificar acciones o situaciones que el profeta atraviesa en su atribulada existencia³³. Ello le lleva a realizar una lectura crítica e in-

29. Señala Martínez Montávez: «cabe fácilmente comprobar que ya en su tiempo se sabía bastante más del egregio personaje aquí biografiado que aquello de los que Irving se hace eco, selecciona y aprovecha». Y añade: «Irving es, ante todo, un literato, un estilista, con muchas páginas ya a sus espaldas —cuando aborda la redacción de esta Vida de Mahoma— de literatura que podemos calificar sin desdoro y con justeza de costumbrista, marcadamente impresionista y de indudable talante descriptivo, irónica en buena medida, jugosa, rezongante, un tanto melancólica quizá, brillante casi siempre, recreativa; literatura carente de sentido trascendental». Introducción a Irving, 1985: 12.

30. Tras describir algunas acciones violentas escribe moralista: «Todo lo cual nos demuestra que, en el momento en que se alejó del espíritu benévolo del cristianismo que había intentado practicar en un principio, se inclinó por el mal camino sin tardanza ni medias tintas». Irving, 1985: 99.

31. Irving, 1985: 108-110.

32. Irving, 1985: 140.

33. Por ejemplo, la revelación que distingue entre familiares por adopción y familiares por sangre. Irving, 1985: 118.

cisiva, sin duda siguiendo a otros autores occidentales, del origen y contenido de *El Corán*. Y, desde luego, se muestra totalmente escéptico ante la milagrería con la que han rodeado los antiguos biógrafos musulmanes a Mahoma³⁴. Esta es su valoración global del profeta:

Estamos muy lejos de considerar a Mahoma como el zafio e impío impostor de que han hablado algunos, pero tampoco creemos que se les pueda dar la razón a quienes le han atribuido el mérito de prever el futuro y de concebir el proyecto pormenorizado de conquista universal. Fue, sin duda, hombre de gran genio y de rica imaginación, pero nos parece que, en gran medida, estuvo dominado por los impulsos y las pasiones y a merced de las circunstancias.³⁵

En opinión de Pedro Martínez Montávez, el escritor norteamericano, aunque intentó mostrarse distanciado e incluso equidistante, no pudo evitar el dejarse contaminar por la «agobiante y secular tradición historiográfica, literaria y popular cristiano-occidental que, al tratar de la figura del Profeta del Islam, no le era sólo resueltamente hostil, sino radicalmente intolerante e injusta, maniquea e injuriosa, aparte de escasamente documentada con frecuencia»³⁶. Así, aunque Irving manifieste en ocasiones su admiración por el Mahoma militar y político, con este libro contribuyó en fechas tempranas a sentar la visión negativa del árabe y el musulmán que hay desde antiguo en la sociedad norteamericana.

CONCLUSIONES

Durante los años 1826 a 1829 Washington Irving vivió entre Madrid, Sevilla y Granada, tomando como objeto de estudio al-Andalus, la época de los Reyes Católicos y la España de Fernando VII. Escribió mucha historia, relató las impresiones de sus viajes y, en menor medida, compiló leyendas populares. En Inglaterra y Estados Unidos continuó publicando sobre temas hispanos hasta 1835. Justificó así de sobra el nombramiento de correspondiente de la Real Academia de la

34. Irving, 1985: 188-189.

35. Irving, 1985: 192.

36. Introducción a Irving, 1985: 14-15.

Historia de España del cual fue objeto y ganó un prestigio como hispanista que le permitió ser designado embajador de los Estados Unidos en España entre 1842 y 1846, trabajo que no desempeñó con placer, sino forzado por necesidades económicas. Si en su primera estancia Irving relanzó su carrera literaria gracias a los temas hispanos, en la segunda cumplió su función burocrática sin buscar inspiración en estas tierras. Por lo tanto, toda su etapa de hispanista se sitúa en el ocaso de la España absolutista, una época en la cual la historiografía estaba muy poco evolucionada y el romanticismo latía con fuerza.

La aproximación de Washington Irving al mundo islámico siguió un camino inverso en la cronología. Partió de Boabdil, o sea, del ocaso del Reino de Granada, para luego pasar a los orígenes de al-Andalus y acabar finalmente relatando la vida de Mahoma y el nacimiento del Islam. Un tema le fue llevando a otro en un apasionante viaje al pasado que demuestra su curiosidad por conocer las raíces de los problemas.

Si Honoré de Balzac afirmaba que los españoles están marcados por el carácter árabe, caracterizado por «odios insaciables»³⁷, y Theophile Gautier atribuía a ese pasado oriental la «pereza» que observa por doquier y la incapacidad para sumarse a la modernidad³⁸, la mirada de Washington Irving es más matizada y amable tanto hacia los españoles del presente como hacia los andalusíes del pasado, y aunque en ocasiones pueda hacerse eco de tópicos como los mencionados, los equilibra sobradamente con otras valoraciones positivas. Podemos decir que Irving contribuyó a reconciliar a una parte de los españoles con ese pasado que había sido negado y perseguido durante siglos, una labor que continuarían otros literatos imbuidos de orientalismo³⁹. Como señalara en 1852 un periodista sobre la obra *Granada* de José Zorrilla: "Hoy en España están de moda los árabes, que han dejado en todas partes sus recuerdos, y hay personas que en el exceso de su

37. Afirmación contenida en «Le contrat de mariage» (1835), Balzac, 1973: 202.

38. Su diatriba contra los modernos españoles culmina así: «La España meridional necesita de la civilización africana y no de la europea, que no está en relación con el ardor del clima ni con las pasiones que inspira. El mecanismo constitucional no conviene más que a las zonas templadas; con más de 30° de temperatura, las constituciones se funden o estallan». Gautier, 1985: 221-224.

39. Podemos decir que Irving contribuyó al «mito bueno» de al-Andalus del que habla González Alcantud, más allá de que su ulterior biografía de Mahoma incurra en una visión más maniquea del Islam. González Alcantud, 2014: 17-18.

pasion, casi llegan a sentir la derrota de la media luna"⁴⁰. No es de extrañar que Edward Said ignorara a Washington Irving es su célebre libro *Orientalismo*, porque como ha señalado José Antonio González Alcantud, este y otros autores que tomaron como objeto de estudio la fronteriza España, no encajaban en su visión polarizada, que tomó como referencia los escritos nacidos al calor de las empresas coloniales francesas e inglesas⁴¹.

Como historiador Irving fue un romántico en el que lo literario y lo histórico se confunden, pero que tuvo la agudeza de saber documentarse de una manera eficaz. No llegó al rigor de William H. Prescott y su monumental *Historia del reinado de los Reyes Católicos*, pero sí lo superó en brillantez de estilo, gracias a su depurada prosa neoclásica atenta a la descripción preciosista y exótica⁴².

Pero el tiempo no ha pasado en vano, no sólo por la mucha y esclarecedora documentación aflorada desde que escribiera Irving, sino por los progresos metodológicos. Hoy no es de rigor una historia en la

40. Artículo publicado en *El Heraldo de Madrid*, 11 septiembre 1852, citado por Panadero Peropadre, 1992: 367. Ni que decir que la maurofilia se difundió en un sector de la población de inclinaciones liberales, principalmente, pero que la maurofobia persistió y se agravó por la guerra colonial en Marruecos en los imbuidos de nacional-catolicismo, como el arabista, catedrático de la Universidad de Granada desde 1862, Francisco Javier Simonet (González Alcantud, 2017: 43-60).

41. «Said conocía de primera mano la obra de Américo Castro y si no lo quiso referenciar es pura y simplemente porque no le interesaba ya que complejizaba su lectura maniquea de las relaciones entre Oriente y Occidente. Al-Ándalus constituye una excepción a esa oposición Oriente/Occidente por su conformación fronteriza» (González Alcantud, 2017: 393-394). Sobre el carácter militante y en consecuencia polarizador de los escritos de Said véase González Alcantud, 2011: 128-146. No obstante, el tardío Irving de *Mahoma* no queda lejos del creador del orientalismo denunciado por Said, el de ese empeño por hacer de los orientales seres diferentes... e inferiores a los occidentales (Said, 1990: 95).

42. González Alcantud afirma, siguiendo la manera de ver el orientalismo de Mario Pratz, que Washington Irving «no se deja atrapar por lo exótico, como había ocurrido con otros románticos consagrados casi en exclusiva a la creación» (González Alcantud, 2014: 114). Es probable que no se deje atrapar, porque como bien señala González Alcantud hay en Irving un antropólogo, así como un historiador, pero, en mi opinión, sí que se recrea en lo exótico tanto en las descripciones de lo que ve como en sus cuentos fantástico, que tienen como claro referente *Las mil y una noches*.

que son frecuentes los deslices al terreno de la imaginación, en la que la narración no desea verse estorbada por el análisis, en la que se hace girar la historia en torno a la voluntad de unos pocos héroes y villanos mientras se desprecia al «populacho» como una masa informe... Pero, al fin y al cabo, muchas de estas limitaciones siguen estando presentes en una parte de la historiografía, sobre todo en aquella que se ha entregado a la dinámica del mercado editorial. Y es que, no podemos olvidar, Irving fue un maestro de la divulgación, a cuyo servicio puso una cuidada prosa que logra que sus trabajos en un género tan perecedero como la historia todavía sean gratos al común de los lectores.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Balzac, Honoré de, (1973), *Une double famille. Contrat de mariage. L'Interdiction*, France, Gallimard.
- Barrios Rozúa, Juan Manuel, (2003), «Washington Irving, un peculiar historiador», *El Fingidor. Revista de Cultura*, 19-20, pp. 11-13.
- Barrios Rozúa, Juan Manuel, (2010), «Estudio preliminar», *Cuentos de la Alhambra (de Washington Irving)*, Sevilla, Paréntesis, pp. 3-23.
- Barrios Rozúa, Juan Manuel, (2015), «La Alhambra que conoció Washington Irving a la luz de las fuentes documentales», en Garnica, A., *De Colón a la Alhambra: Washington Irving en España*, Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, pp. 161-179.
- Beerman, Eric, (1992), «Washington Irving en Madrid (1826-28): Cristóbal Colón», *Revista Complutense de Historia de América*, 18, pp. 197-217.
- Bowers, Claude G., (1997), *Las aventuras españolas de Washington Irving*, Madrid, Movipress dos mil.
- Carbonell Cortes, Ovidio, (1991), «Ecos de Historia romántica: la «España mora» en Thomas Rodd y Washington Irving», *Sharq al-Andalus*, 8, pp. 11-24.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad, (1956), *El moro de Granada en la literatura (del siglo XV al XIX)*, Madrid, Revista de Occidente.
- De Calera, Antonio, (2010), *Washington Irving, entre Manhattan y la Alhambra*, Sevilla, Almuzara.
- Galán Sánchez, Ángel, (1991), *Una visión de la «decadencia española»: la historiografía anglosajona sobre mudéjares y moriscos (siglos XVIII-XX)*, Málaga, Diputación.

- Gautier, Théophile, (1985), *Viaje por España*, Barcelona, Taifa.
- González Alcantud, José Antonio, (2011), ««Orientalismo» de Edward W. Said 32 años después. Entre el dédalo teórico, el compromiso político-moral y la proyección poscolonial», *Awraq: Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, pp. 128-146.
- González Alcantud, José Antonio, (2014), *El mito de al Ándalus: orígenes y actualidad de un ideal cultural*, Córdoba, Almuzara.
- González Alcantud, José Antonio, (2017), *Al Andalus y lo andaluz: Al Ándalus en el imaginario y en la narración histórica española*, Córdoba, Almuzara.
- Hilton, Sylvia-Lyn, (1986), *Washington Irving, un romántico entre Europa y América. Introducción y bibliografía general*, Madrid, Centro de Estudios Históricos.
- Hoffman, Louise M., (1945), «Irving's Use of Spanish Source in The Conquest of Granada», *Hispania*, XXVIII, pp. 483-498.
- Irving, Washington, (1985), *Mahoma*, Barcelona, Salvat.
- Irving, Washington, (1997), *Crónicas moriscas. Leyendas de la conquista de España*, Granada, Miguel Sánchez.
- Morales Souvirón, Francisco, (1960), «Cartas de Washington Irving desde la Alhambra», en *Washington Irving (1859-1959)*, Granada, Universidad de Granada, pp. 87-117.
- Panadero Peropadre, Nieves, (1992), *Los estilos medievales en la arquitectura madrileña del siglo XIX (1789-1868)*, Madrid, Universidad Complutense.
- Said, Edward W., (1990), *Orientalismo*, Madrid, Libertarias y Prodhufo.
- Soria, Andrés, (1960), «Washington Irving. 1859-1959. Notas en su centenario», en *Washington Irving (1859-1959)*, Granada, Universidad de Granada, pp. 119-159.
- Ynduráin Hernández, Francisco, (1960), «Washington Irving, primer hispanista norteamericano», en *Washington Irving (1859-1959)*, Granada, Universidad de Granada, pp. 7-51.
- Zulueta, Carmen, (1989), «Washington Irving en España», *Historia* 16, 14 (153), pp. 108-122.